

Vigencia de Duarte¹

Roberto Cassá Bernaldo de Quirós²

Ha pasado mucho tiempo desde 1813. Dos siglos llevan consigo cambios que definen parámetros que distinguen una época de otra. Este contenido de la historia, sujeto a mutación constante, se acrecienta en la época moderna, de manera progresiva a medida que transcurre el tiempo.

Cuando nació Juan Pablo Duarte apenas unos pocos países de Europa Occidental habían pasado a una economía moderna, dominada por la tecnología mecánica, lo que fue conocido más adelante como Revolución Industrial. Esto fue el punto de partida de lo ocurrido con posterioridad. Hoy se caracteriza a la época como de la Revolución Científico-técnica, con incidencia creciente sobre la dinámica de todas las sociedades del planeta.

Los cambios han sido comparativamente más acelerados en República Dominicana, un país entonces casi despoblado, con una economía primitiva, en gran medida sustentada en el aprovechamiento de las condiciones naturales. La organización social era por completo precapitalista, al grado de que aún subsistía hasta 1821 la esclavitud. Hoy la economía

1. Publicado en la Edición Especial Bicentenario de Juan Pablo Duarte del periódico *Diario Libre*, año 12, no. 3,551, pp. 10-11. Santo Domingo, 26 de enero de 2013.
2. Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia, y ex presidente de su Junta Directiva, período 2001-2004.



dominicana se halla integrada en el mundo y se asiste a una cierta modernización, aunque plagada de inconsistencias.

Con todo, existen eslabones fundamentales de continuidad entre las dos situaciones. A inicios del siglo XIX se había ya conformado el pueblo dominicano, sobre las bases de la ocupación prolongada del territorio, el mestizaje cultural y biológico de los descendientes de los pobladores en las primeras etapas de la colonización (aborígenes, españoles y africanos), un conjunto de usos culturales, como idioma, costumbres y creencias religiosas. Lo más importante era que existía una identidad compartida, plasmada desde décadas anteriores en el uso del patronímico de dominicanos.

Cuando nació Duarte se habían sucedido acontecimientos que alteraron la quietud de la vida colonial. El Padre de la Patria fue producto de circunstancias históricas que dieron asidero a su utopía. España había decidido desembarazarse de su colonia más antigua en América en 1795, hecho que generó una primera corriente de reacciones de los dominicanos que implicaban la toma de conciencia de constituir un pueblo que debía velar por su destino y mantener una situación que estimaban conveniente para su dignidad.

Por tal razón, en 1808 el pueblo se levantó contra los dominadores franceses, y aunque primó el objetivo de retorno al dominio español, este acontecimiento implicó un primer acto de afirmación de la idea de la soberanía popular. No por casualidad en los años subsiguientes se sucedieron conspiraciones que propendían a la creación de un Estado independiente. Entre los reducidos núcleos urbanos que protagonizaron estos movimientos comenzaban a surgir conatos de conciencia nacional.

Todo esto significaba que del grado de constitución objetiva de un pueblo y de la toma de conciencia acerca de su existencia, se estaba comenzando a pasar a una toma de



conciencia nacional, plasmada en el propósito de que el pueblo diera lugar a un Estado soberano. El concepto de nación surgió con la Revolución Francesa, en la medida en que contribuyó a la caída de imperios en Europa y la emergencia de pueblos sometidos que se propusieron una vida libre.

Fuera de Europa Occidental y Central donde más cuerpo cobró el fenómeno nacional fue en América, sobre la base de la decadencia de los imperios y de los reclamos de los pobladores a que constituyeran formaciones estatales autónomas. En 1777 se produjo la ruptura de Estados Unidos de Inglaterra, y desde poco después de 1808 comenzaron los movimientos populares en diversas capitanías de América española.

En Santo Domingo este proceso se caracterizó por su debilidad, habida cuenta de la pobreza de su economía, la pequeñez de las ciudades, la casi inexistencia de clases burguesas y el predominio de un campesinado disperso por todo el territorio, ajeno a reivindicaciones de corte moderno.

En ese panorama creció el Padre de la Patria y explica la clarividencia que debió tener para visualizar lo que debía acontecer en el futuro. Era todavía un niño cuando se instauró el régimen haitiano en 1822. Los partidarios de un Estado independiente habían quedado aislados, puesto que la mayoría de la población se inclinó por la integración a la República de Haití. En buena medida, el régimen haitiano de veintidós años cumplió funciones de la reforma liberal, al abolir la esclavitud, secularizar el Estado, hacerlo regir por el Código Civil francés y promover la propiedad de la tierra en el campesinado.

Pero no podía resolver la demanda de la autodeterminación, en la medida en que los dirigentes haitianos se negaban a reconocer la existencia de otro pueblo con principios constitutivos diferentes. Mayormente, quienes rechazaban el régimen haitiano en el interior de los minúsculos sectores



superiores, lo hacían con el propósito de retornar a un estatus colonial, fuera de Francia o de España, o de cualquier otra potencia. Aparentaba estar fuera de contexto en ese tiempo que un país tan despoblado y pobre pudiera ser el sujeto de una nación.

En la toma de conciencia acerca del imperativo de la constitución del pueblo dominicano en nación radicó la contribución cardinal de Duarte al proceso de desarrollo del pueblo dominicano. No lo hizo por rechazo a la comunidad haitiana, sino por el convencimiento de que los dominicanos habían logrado una madurez que les permitía ser libres. Aunque, como se ha dicho, había antecedentes de luchas nacionales, todavía no se había formulado un proyecto acabado de Estado nacional.

Y fue Duarte quien logró el objetivo de que se fundara la República Dominicana en 1844, aunque él no estuvo presente el 27 de febrero. Inoculó los principios nacionales y democráticos a una generación juvenil protagonista del evento, los cuales se habían congregado en la sociedad secreta La Trinitaria.

Junto al principio de la autodeterminación de los dominicanos, Duarte concibió un conjunto articulado de propuestas tendentes a que se estableciera un ordenamiento democrático avanzado. Recogía los principios de la modernidad surgidos del movimiento intelectual de la Ilustración y difundidos en el mundo occidental por la Revolución Francesa. Se hacía un abanderado del pensamiento liberal, la síntesis política de la Ilustración.

Por tanto, yerra de plano Manuel Arturo Peña Batlle, cuando desde una posición ultra-conservadora asegura que en los protagonistas del hecho nacional no existían principios políticos sino un mero reflejo cultural tradicionalista por oposición a Haití. Menos razón tiene Emilio Rodríguez Demorizi, quien llegó a proponer un binomio de héroes entre Duarte y Pedro Santana, entre el patriota y el traidor. Razón



tienen los conservadores sin ambages, como Rafael Augusto Sánchez, quien sigue una vieja senda de denuestos contra los “filorios”, vistos como “generación patética”, condenada al fracaso por su impericia.

La prueba de esto último fue que Duarte se opuso a los designios conservadores de producir una anexión a una potencia o, por lo menos, un protectorado como solución transitoria, lo planteado por los “afrancesados”, los representantes de los sectores superiores, con quienes fue forzosa una alianza de parte de los trinitarios. A los pocos meses, Duarte y sus compañeros fueron derrotados, en un conato de guerra civil, por el partido conservador acaudillado por Pedro Santana.

Lo que estaba en juego en la disputa entre los trinitarios y los afrancesados no era únicamente el estatus independiente del país, sino toda una cosmovisión. Para Duarte y sus compañeros, la verdadera libertad nacional subyacía en un ordenamiento en que se manifestara la voluntad del pueblo.

A causa de la reacción conservadora, la persona de Duarte fue marginada, pero sus principios quedaron como norte cuando se hizo necesario cuestionar la propensión anexionista de los sectores dirigentes. El hecho mismo de que la hegemonía conservadora no pudiera descartar la existencia de la República Dominicana hasta 1861 revelaba una situación objetiva de las aspiraciones nacionales.

A los pocos días de la traición de Santana estallaron conatos insurreccionales. Francisco del Rosario Sánchez, el compañero de Duarte, encabezó el intento más importante en una expedición desde Haití. La reacción de la gran mayoría de los dominicanos a la Anexión a España apenas dos años después es la señal de que se habían interiorizado principios de la vida autónoma.



En el decurso de los años la obra de Duarte ha dejado una semilla que renace permanentemente. Demasiada sangre ha sido vertida para este logro que asegura un mínimo de libertad y de dignidad a los dominicanos.

Sin embargo, el país no se ha dado la sociedad por la que soñó Duarte. Esto se debe a la forma en que se ha producido el avance de la historia nacional. Junto a los logros se han mantenido numerosos problemas irresueltos. Algunos desaparecen, otros se atenúan, pero se continúa teniendo una sociedad con déficit manifiesto en numerosas áreas. Incluso, con el tiempo, emergen nuevos problemas que se suman a los preexistentes.

Cuando se visualizan situaciones del pasado y discursos de próceres pensadores, se puede llegar a la conclusión de que el país no ha cambiado, que todo ha sido fracaso por ende y de que no existe forma de superar esos escollos seculares. Por supuesto, nada de esto responde a la realidad, pero fuera de toda duda, hemos arrastrado planos irresueltos hasta ahora de los ordenamientos que nos han acompañado como nación.

En resumen, la modernización económica se ha llevado a cabo de manera inconsistente, en beneficio de unos pocos, sin objetivos colectivos definidos, sujeta a los dictados de intereses externos, al margen del desarrollo democrático en lo político y lo social.

Precisamente el pensamiento de Duarte contiene un legado de valor excepcional para la comunidad nacional dominicana, por ser el patrimonio ideológico que todavía marca el rumbo deseable dentro de las condiciones históricas existentes.

Desde luego, estaría fuera de contexto aplicar al pie de la letra las propuestas del Padre de la Patria. Debe anotarse que, en razón de las condiciones históricas y de su propia personalidad, Duarte no elaboró una propuesta sistemática plasmada en una extensa obra literaria. Pero lo que contienen sus actos y



sus ideas permite enlazar pasado y presente desde un ángulo reflexivo pragmático y, por tanto, coadyuva a reformular los contornos de la utopía nacional.

Duarte, por tanto, continúa en nuestro horizonte de época. Pero para que tal aprecio resulte productivo resulta forzoso que se le contextualice en el presente. Así se puede hacer recorriendo las facetas de su vida y obra.

Lo más significativo de Duarte está resumido en los gestos definidores de su vida: la entrega, el desinterés, el sacrificio y la confianza en el porvenir. Él es un modelo a seguir del ciudadano hasta el presente. Solo por estas cualidades pudo hacer su obra, pero trazan pautas para los dominicanos. Entregó su vida a la causa, aun en los momentos de auto-marginamiento, pendiente siempre del destino de la patria. El ideal del pueblo libre y realizado marcó el decurso de su vida entera. Aunque apartado en la lejanía, nunca renunció a la causa de su pueblo.

Basta revisar actos suyos en los momentos en que se hicieron necesarios. En 1843, desde Venezuela, ordenó a sus hermanos que dispusieran de todos los bienes de la familia como contribución a la causa. Meses más tarde, en el suelo patrio, en el frente de Baní, se esmeró en llevar cuentas detalladas de todos los gastos en que incurría. Él representa la antítesis de la corrupción, la quintaesencia de todos los males.

Esta actitud estaba dictada ante todo por el talante del patriota, del cual se derivaba la certeza acerca de una propuesta de ordenamiento nacional. Vida y obra, personalidad e ideas resultan inextricablemente interdependientes. Algunos elementos de su pensamiento así lo muestran, conjuntamente con la impresionante vigencia que siguen guardando.

El primer punto de este programa práctico es la soberanía nacional. Implica ante todo, ciertamente, la existencia de un Estado autónomo. Pero lo crucial es que está pautado por la idea



revolucionaria de la soberanía del pueblo. Por más avance que se pueda postular que se ha producido en el sistema político del presente, resulta innegable que este postulado no se ha cumplido.

Su reivindicación debe ser enseña de la reconstitución de nuestro estatus nacional. En el presente, cualquier objetivo supranacional, para ser válido debe partir de la propia capacidad de ejercicio de la soberanía. No es legítimo si es producto de imposiciones o en el contexto de un sistema político no participativo.

Numerosos aspectos se desprenden de esto. El principal de ellos es la idea de la democracia política. Evidentemente, para Duarte estaba asociada con el ordenamiento nacional. La democracia constituye el único entorno de plasmación posible de la nación.

De ahí que elevara a un primer plano la exigencia de la legalidad. Tanta atención dedicó que formuló un proyecto de Constitución, cuyos principios radicales todavía están por cumplirse. Primero recupera la idea moderna de la división de poderes, antídoto a cualquier variante autocrática, aunque la contextualizara en su contenido popular.

Para ello, entre otras formulaciones, introdujo un cuarto poder, el municipal, como medio idóneo de participación del pueblo todo en los asuntos públicos y en la misma gestión estatal. El municipio queda elevado, en el pensamiento duartista, a quintaesencia de un sistema radicalizado de democracia política.

Pero de igual importancia, aunque se soslaya a menudo, es que para él la idea de democracia tenía un contenido social. Más que liberal, por tanto, era un demócrata a carta cabal, depositario de la tradición revolucionaria que arrancó de la Ilustración. La participación y la igualdad no se restringían a los sectores dirigentes. Duarte visualizaba una nación de iguales,



en rigor la única nación cabal, como estuvo postulado por los revolucionarios franceses.

La concreción más sobresaliente de tal paradigma revolucionario fue en su ideario de la “unidad de raza”. Aunque el concepto de raza es insostenible desde el punto de vista científico y ético, Duarte lo utilizó precisamente para postular lo contrario de lo que sugiere. La unidad significaba, como lo puso de relieve magistralmente Alcides García Lluberes, que no habría diferencias entre los ciudadanos por razones de color de piel o de condición étnica (lo que autoriza las pretendidas razas).

Todavía más importante es que tal categoría postulaba el *desiderátum* de que se superaran las divisiones por razones étnicas o de color no solo por un acto ideológico y moral deliberado sino por medio del mestizaje, lo que equivalía a la ruptura de las barreras de color en que se sustentaba la desigualdad y la explotación social en los tiempos coloniales.

Aunque existía desde 1822 un sistema político regido por descendientes de esclavos, Duarte comprendió que la temática étnica continuaba teniendo plena vigencia. Tuvo que desplegar esfuerzos para desarraigar prejuicios y conceptos excluyentes entre sus compañeros, todos de condición urbana y en su mayoría ubicados en lo que se entendía como “blancos”.

El mismo accionar de Duarte entre 1838 y 1844 provee pistas acerca de las claves prácticas del movimiento que le tocó encabezar. Aunque originado en el medio de los jóvenes urbanos, el 27 de febrero resulta indiscifrable si no se toma en cuenta su raigambre popular. En cosa de días prácticamente la población dominicana en su conjunto, en todos los rincones, acogió el hecho y se sumó a los esfuerzos que conllevaba sostener el Estado naciente frente a la previsible reacción agresiva de los dirigentes haitianos.



Todavía más importante es que el deslinde de los patriotas respecto a los anexionistas estuvo asentado en un fundamento popular. Para el éxito de los trinitarios resultó crucialmente simbólico que se les sumara José Joaquín Puello, de raigambre popular y antiguo partidario del régimen haitiano. Desde esos días, Puello fue visto como el adalid del “partido negro”, así denominado adrede por el cónsul de Francia, personaje no por casualidad el principal sostén de los esfuerzos libertarios de Duarte.

En otro orden, Duarte se basó asimismo en el llamado también “partido del norte”. No fue casualidad que fuera en La Vega, Santiago y Puerto Plata que Duarte fue proclamado presidente. Estos centros urbanos representaban un ordenamiento social distinto al capitaleño, basado en el pequeño campesino independiente, distinto al vigente en el sur y el este, que daba mayor vigencia al conservadurismo de los hateros y letrados burócratas encabezados por Pedro Santana y Tomás Bobadilla.

Es conocido que, finalmente, los trinitarios renunciaron a la guerra civil en julio de 1844. Prefirieron que se estableciera un orden conservador aunque pusiera en riesgo el hecho nacional mismo. El resultado no fue ocasional y con él empezó una desnaturalización del principio nacional en el ordenamiento estatal. Frente a esto, empero, no se ha detenido nunca la lucha por la realización del sueño nacional, hoy más que nunca con Duarte como su símbolo.

